

La revista *Contorno* y el peronismo: un lenguaje nuevo para la crítica.

Gino Molayoli¹
ginomolayoli@live.com.ar
Universidad Nacional de Río Cuarto

Breve Prolegómeno: Para *Situarnos*

En el año 2008 se publicó una edición facsimilar de una de las revistas más significativas de la crítica literaria de nuestro país. Evidentemente, es poco llamarla así: *Contorno* es más que una revista sobre literatura y ya veremos por qué. De todas maneras, la aparición de estas producciones, más de cincuenta años después de haber sido producidas bajo el calor de los hechos, nos plantea un verdadero problema. ¿En qué líneas de sentido situar esa lectura?

Podemos empezar considerando que en gran parte del siglo XIX la literatura argentina no se distingue mayormente de la política. Sarmiento –que inaugura con el binomio *civilización-barbarie* una línea de sentido de la literatura argentina- era político. Para él, escribir implica lograr un objetivo político: escribe “*Facundo*” porque quiere defenestrar a Rosas y asumir en el poder. Lucio V. Mansilla, para destacar otro ejemplo, escribe “*Una excursión a los indios ranqueles*” porque quiere contrarrestar su estigma rosista a partir del despliegue de un conjunto de saberes que ha adquirido en la pampa.²

Pero durante las primeras décadas del siglo XX la literatura comienza a desplazarse de la política. Según Josefina Ludmer, ya en 1880 se puede trazar el corte. Lo cierto es que a principios del siglo XX el escritor se ha profesionalizado: Manuel Gálvez es uno de los primeros que puede vivir de lo que escribe. En la década del cincuenta la profesionalización es total: Borges y Mallea son los íconos de ella. ¿Cómo podemos, entonces, leer desde *Contorno* las relaciones entre literatura y política en la

¹ Autor: Gino Molayoli, Becario del Proyecto de investigación “*Identidad, discurso y sentido: la construcción discursiva de lo real*” (SECyT, UNRC. 2009/2010). Director de la Beca: Mg. Marisa Moyano; Co-Director: Esp. Hugo Aguilar.

² Estas hipótesis han sido desarrolladas en un Trabajo final de la cátedra de Literatura argentina I de la UNRC. La idea de que Rosas tiene un estigma rosista pertenece a Viñas y está en el libro “*Literatura argentina y realidad política*”.

Literatura argentina? Las respuestas a este problema son el puntapié inicial de este trabajo.

Los intelectuales de *Contorno*, con el aporte de las ideas sartreanas, toman conciencia de su tiempo histórico concreto. En la edición facsimilar de la revista, que se publicó en el año 2008, Ismael Viñas escribe un prólogo y pone en duda la influencia de Sartre en el grupo *Contorno*. Habría que pensar, como primera medida, qué vamos a entender por la palabra “influencia”. Para Ismael Viñas esta palabra significa, antes que nada, haber leído a determinado autor. Él asegura que muy pocos eran los que habían leído a Sartre, aunque tampoco ve en ellos tal influencia. Pero nosotros no vamos a entender del mismo modo la palabra “influencia”. Creemos, por el contrario, que la influencia del pensamiento de determinado autor no depende, estrictamente, de haberlo leído, sino de haberse hecho eco de las ideas que circulan en determinado momento sociohistórico. En efecto, no decimos que los intelectuales de *Contorno* adopten como metodología para el abordaje de textos las tres preguntas del filósofo francés: *qué es escribir, por qué escribir y para quién escribir*. Decimos, más bien, que un conjunto de ideas que Sartre sistematiza son pensadas, implícita o explícitamente, con fines distintos, por los intelectuales de *Contorno*. Pongamos un ejemplo.

Sartre distingue entre poesía y prosa. Dejemos de lado la primera, que merecería un estudio aparte, y centrémonos en la segunda. Para Sartre la prosa es utilitaria: se sirve de las palabras para ella; las palabras no son objetos sino designaciones de objetos. Para el prosista –a diferencia del poeta- el lenguaje es una prolongación de sus sentidos para lograr fines (del mismo modo como un martillo es una especie de tercer brazo cuando necesitamos utilizarlo). El lenguaje, piensa Sartre, es parte del cuerpo del prosista: se lo siente como una mano o un pie. La reflexión de Sartre sigue así: si la prosa es el instrumento de una determinada empresa, cabe preguntarle al prosista, por lo tanto, ¿para qué escribes? Cuando el prosista habla, todo lo que nombra ya no es lo mismo que antes. Si se habla de la conducta de un individuo, esa conducta queda de manifiesto y el individuo, a partir de ese instante, nunca volverá a actuar de la misma manera. Esto quiere decir, para Sartre, que el prosista actúa por “revelación”. Entonces cabe preguntar al prosista: ¿qué aspecto del mundo quieres revelar y qué cambio quieres producir con esa revelación? El escritor, en efecto, ha optado por revelar el mundo para que los hombres asuman sus responsabilidades. Para Sartre, la función del escritor es mostrar el mundo de modo tal que nadie lo pueda ignorar y nadie pueda decirse inocente. Por lo tanto, cabe una tercera pregunta al escritor cuando calla algo: ¿por qué hablas de esto antes que de aquello, por qué quieres cambiar esto antes que aquello?

Dejemos a Sartre un momento. Podríamos pensar tranquilamente que las ideas expuestas son también las ideas que tiene gran parte de los intelectuales de *Contorno*. ¿Qué es lo que explica, si no, la reivindicación que hacen de Martínez Estrada? ¿O la de Roberto Arlt también? El mismo Ismael Viñas, que muchísimos años después disputa con aquellos que lo llaman “joven sartreano”, valoraba en Martínez Estrada las mismas actitudes que Sartre valora en el “escritor comprometido”. Dice Ismael, en la década del cincuenta, sobre Martínez Estrada: “*Con sus aciertos y errores, con su obstinada vocación de denunciante, de opositor, ha sido para mucho de nosotros el revelador, quien nos ha dicho que nuestro mundo en torno no es la égloga feliz que se declaraba.*”³ Y después asegura: “*Martínez Estrada representa el momento en que se empieza a dejar de ver a la Argentina como una alegoría de futuro optimista y fácil.*”⁴ F. J Solero, otro de los colaboradores de la revista, parece reivindicar la misma idea: “Si

³ El subrayado es nuestro. Revista *Contorno*. Edición Facsimilar. Biblioteca de la Nación. 2008. Pág.42.

⁴ Ídem.

recorremos nuestra historia cultural (...) observaremos cuán pocos han sido los que han arriesgado a hundirse en la realidad.” Y después remata: “Al desplomarse en el abismo, se priva de ella, se compromete, y si bien tolera corticalmente apoyos culturales extraños, se zambulle en una atmósfera enrarecida, donde sólo queda la concretización de la cosa inmediata, el arraigo en lo circundante, ese otro Gran Cuerpo que es el contorno...”⁵. David Viñas, en el mismo número dedicado al autor de “Radiografía de la Pampa”, dice: “Martínez Estrada ahora –y antes Roberto Arlt- son interpretados por la nueva generación precisamente como autores problemáticos y de denuncia, fundamentalmente sinceros en la medida en que hablaron de lo intranferible, de lo necesario, del gran problema de todos...”⁶

En todas estas reflexiones de *Contorno* parece haber algo en común que subyace a la superficie de lo dicho. Podemos pensar, en efecto, que detrás de estas ideas sobre Martínez Estrada se encuentran las mismas preguntas –o similares, más bien- que las que se hace Sartre en 1948. El filósofo francés critica fuertemente a Flaubert: dice que fue responsable de la represión de La Commune por el simple hecho de que no escribió nada sobre ella. En los intelectuales de *Contorno* parece estar funcionando una idea similar acerca de lo que es un intelectual comprometido. Como expresamente asegura David Viñas, hasta la Argentina del ’40 hay una historia excluida, una historia que no se ha contado. Hay muchos culpables, por lo tanto, y es necesario empezar a buscar qué escritores, de todos los que tenemos, han tenido la valentía de contar la “realidad”, el contorno de un país. De ahí uno de los sentidos de la recuperación de Martínez Estrada.

Retomando algunas ideas, podemos decir, por lo tanto, lo siguiente. La relación que existe entre los intelectuales de la revista y Sartre está en la necesidad que sienten de pensar la sociedad a partir de la conciencia de una situación histórica concreta. Esto los lleva, en principio, a dos caminos diferentes: en primer lugar, a denunciar las posturas metafísicas que ciertos escritores toman frente a la realidad: de aquí surgen las fuertes críticas a Mallea; en segundo lugar, a “rescatar” el valor de aquellos escritores que, como ellos, intentaron representar la realidad cruda de su tiempo: de aquí los ensayos sobre Martínez Estrada y sobre Arlt.

Pero hay que especificar una cuestión –problemática, por cierto. Esas críticas y esas reivindicaciones anteriores al número 7/8 de la revista –dedicado al peronismo- se vuelcan hacia las generaciones que los anteceden. Los jóvenes de *Contorno* hablan sobre el compromiso de Arlt y de Martínez Estrada y, respectivamente, del tiempo concreto de cada uno de ellos. Pero no hablan sobre su propio tiempo concreto todavía. En efecto, recuperar a Arlt y a Martínez Estrada (y criticar acérrimamente a Mallea) les ha servido –*en principio*, puesto que ya veremos que el eje de nuestro abordaje pasa por otro lado- para trazar una línea de sentido y poder pensar la realidad política argentina desde bases que consideran “firmes”. Los autores recuperados, con sus méritos y deméritos, son una especie de ejemplo a seguir. Son lo que se han *situado* en su tiempo.

Pero de esta necesidad de compromiso surge un problema. ¿Cuál es, entonces, el tiempo concreto de los intelectuales de *Contorno*?

Es nada más ni nada menos que el peronismo. Sin embargo, es recién con el golpe de Estado del ’55 que para los jóvenes intelectuales adquiere importancia crucial el fenómeno del peronismo. El primer número de la revista dedicado al partido político es de ese año. Por varias razones: según Ismael Viñas –en su prólogo del 2008- por cuestiones de represión no se podía hablar, no sólo del peronismo, sino de política antes

⁵ El subrayado es nuestro. Ídem. Pág.50

⁶ Ídem. Pág.56

del '55.⁷ Podemos dar otra razón: porque durante los años anteriores al '55, como parece atestiguarlo el artículo de Sebrelí del mismo número, los jóvenes de *Contorno* no habían alcanzado una sólida formación intelectual. No son demasiado pertinentes las razones, porque no nos interesa pensar el desarrollo intelectual de *Contorno* contando los meses y años de las publicaciones ni de los autores; lo que nos interesa es pensar ese desarrollo intelectual rastreando líneas de sentido de la Literatura argentina. Una cuestión es la que queda clara: *para 'Contorno', el Peronismo se constituye como el eje de la realidad política de su propio tiempo.*

Como corolario, podemos leer las producciones de la Revista *Contorno* desde una línea de sentido de la Literatura argentina que piensa las relaciones entre literatura, historia y política. Si durante los primeros años del siglo XX la Literatura no significa de por sí Política, la relectura de Martínez Estrada y de Roberto Arlt, entre otros, le permite a *Contorno* situarse en una línea de sentido de la literatura e historia argentina: la de lo político. El Peronismo es el fenómeno que condensa la politización absoluta de las reflexiones de *Contorno*, porque hace que el escritor –como pensaría Sartre- sea consciente de su propia *situación* y no pueda evadirse de ella.⁸

La línea de sentido trazada nos permite leer la relación entre los escritores argentinos y la política de su tiempo. Así, podemos pensar un eje que nos remonte desde *Contorno* hasta –por repetir algunos nombres significativos- Sarmiento y Mansilla. Si el fenómeno que une a estos dos autores –para decir cosas tan parecidas y distintas- es el rosismo, lo que une a los distintos colaboradores de *Contorno* –para decir, también, cosas parecidas y distintas- es el peronismo.

El Lenguaje Necesario

La problemática transversal de la revista *Contorno* es la indagación acerca de cuál es la función que debe tener el intelectual una vez aparecido en la escena política el sector peronista (en ciertas oportunidades utilizaremos el término “masas”, como se usa en la revista). Luego del golpe de Estado de 1955 Perón ha sido derrocado y el dilema que aqueja a los contornistas tiene que ver con qué se puede hacer en política desde el sector intelectual. La propuesta central y “eje” de *Contorno* es la búsqueda de un lenguaje nuevo para la crítica política y para establecer la comunicación con las masas peronistas. Para llevar a cabo esta lectura política de la revista hemos adoptado una metodología. Consiste en tomar como centro del discurso contornista el número dedicado al peronismo, esto es, los número 7/8 que salieron a la luz conjuntamente. De allí, nos proponemos abordar cómo se proyecta hacia atrás y hacia adelante en el tiempo de la revista el eje problemático trazado y derivar ciertas conclusiones. Pero inmediatamente entramos de lleno en el número dedicado al peronismo y en este punto volvemos a utilizar nuestra metodología. Ahora buscamos un discurso central, no de la revista sino del número 7/8. El centro, para nosotros, es el artículo de Rozichtner: *Experiencia proletaria y experiencia burguesa*. Lo que hacemos aquí es tomar como

⁷ Masotta realizará a la revista Sur una crítica dura por su silencio político durante el peronismo. No se daba cuenta –o quizá sí- de que *Contorno* había hecho lo mismo. Más adelante nos ocuparemos de este punto.

⁸ Esto explicaría –entre otras causas- por qué la revista se vuelve, progresivamente, cada vez más política. Luego de los artículos dedicados al peronismo, ha quedado atrás el gesto inicial de lectura de obras literarias. Ahora se dedican estrictamente al análisis de la política actual.

centro el artículo mencionado y ver en el resto de los textos las distintas variables de las mismas problemáticas plantea por él, que a nuestro juicio son fundamentales.

Nuestro método sólo es pertinente si nos permite hacer la lectura del eje problemático trazado: *¿cuál es la función del intelectual?* Si el eje problemático fuera otro, el texto que hemos elegido como central no funcionaría como tal. El artículo de Rozichtner lo es porque desde él se pueden trazar los diferentes sentidos que nos permitan leer en el resto de los artículos el eje problemático. Pero el resto de los artículos –y el de Rozichtner también- admiten múltiples lecturas. En el resto de los artículos podríamos leer otros sentidos ajenos al de nuestro eje. El texto de Sebrelí, por ejemplo, dice mucho más de lo que nosotros le haremos decir; pero a nosotros sólo nos interesa –en esta oportunidad- en tanto propone un lenguaje nuevo para comunicarse con las masas. Este planteo es, consideramos, lo más importante de la famosa revista. Y el que más profundamente lo responde es el artículo de Rozichtner.

La propuesta principal de León Rozichtner es tratar de comprender el fenómeno del peronismo en su vasta complejidad. Desde este punto surge el resto de las ideas que esboza. En primer lugar, se plantea la idea de que para comprender el fenómeno peronista el intelectual debe cuestionar su propia conciencia de clase: es así, no quedan esperanzas, estamos encerrados en nuestra propia experiencia que moldea nuestra forma de pensar y es necesario aventurarse, ir hacia lo desconocido. Luego, se describe a las dos clases en conflicto. La burguesía, según Rozichtner, tiene una fuerte conciencia de clase y da cuenta a sí misma de sus propios fines; su falencia, sin embargo, es que nunca realiza esos fines. El proletariado –por el contrario- no tiene conciencia de clase; esto hace, según el autor, que esté siempre pronto a plegarse a los fines que le proponen. Perón fue, así, el primero que le propuso al proletariado concretamente los fines inmediatos que se acomodaban a sus intereses. Esta satisfacción concreta es, para Rozichtner, el punto de partida para el nacimiento de un movimiento revolucionario. Pero también para la pura demagogia.

De lo poco que hemos expuesto acerca de lo que se dice en este número 7/8 ya podemos darnos cuenta de algo. Sartre ha quedado atrás. No abandonado, por cierto, sino *asimilado*. Ya no es necesario saber que hay que comprometerse con su tiempo. El tiempo está acá, ya llegó, y ahora hay que entenderlo. El tiempo es el peronismo. Si Sartre ahora no alcanza, quizá Marx sí. En efecto, la gran mayoría de los artículos del número 7/8 están atravesados por ideas de la filosofía marxista, como veremos.

La idea que mantiene Rozichtner es que el peronismo no fue una revolución porque no transformó la conciencia de clase del proletariado. Por el contrario, fue un movimiento político basado en la dádiva. Para Rozichtner, el pueblo peronista no es más que una masa pasiva, alienada y maleable, y su dueño es Perón, a quien asimila con un titiritero. El filósofo argentino despolitiza al peronismo, asegurando que se trató de un fenómeno más psicológico que político que no alcanzó a transformar la realidad. Desde ya, podemos apreciar en estas ideas la incapacidad del pensador para situarse en otra posición enunciativa que no sea la de un intelectual que desconoce las necesidades y razones del pueblo peronista. Esta incapacidad será *leit motiv* del campo intelectual de la época. Rozichtner, como intelectual marxista que es, no puede ver lo político en un fenómeno que escape a la idea de revolución marxista; como consecuencia, termina despolitizando el fenómeno. Así, reduce el voto del sector peronista a lo más extremo de la actitud pasiva. Llega a decir que uno de los rasgos principales de la masa peronista fue la pasividad: el hecho de que no tuvieron que luchar por nada, todo les fue dado desde arriba.

A pesar de la concepción que se tiene de la masa proletaria, existe absoluta conciencia –en Rozichtner y el resto de los intelectuales de *Contorno*- de que si el

intelectual argentino tiene una función, ella debe ser pensada en relación a esa masa. Nada se puede hacer en la Argentina sin la gente que votó a Perón, piensa *Contorno*.

La función del intelectual, según *Contorno*, tiene como punto de partida esa falta de conciencia (que termina siendo irracionalidad) de la masa peronista: la función no es otra sino comunicarse con esa masa que no tiene conciencia de sí misma. Es importante destacar que el *objetivo* de esa comunicación varía según los autores de la revista. Para Rozichtner, hay que comunicarse con las masa para construirles la Historia de la cual carecen, la estructura que les constituya su memoria social; y, por consiguiente, hacerlos conscientes de la necesidad revolucionaria. Ahora bien... si la función del intelectual es comunicarse con las masas –sea cual sea el objetivo que plantee cada autor con esto– surge un problema fundamental: ¿cómo hacer esa comunicación? O, para decirlo en otros términos y mejor, ¿cuál va a ser el lenguaje de esa comunicación con las masas?

Para Rozichtner, la función del intelectual no es solamente comunicarse con las masas (romper las barreras que impiden el contacto con ellas) sino “hablarles al oído” y decirles que el mundo “hiede”. Este gesto implica, como dice el autor, abandonar la idea de hablarles del mundo de lo bello, de la verdad y del amor. Para *Contorno*, por lo tanto, hay que usar un lenguaje que diga lo crudo de la realidad y que escape al lugar común de la política falsa de siempre. Ergo: *hay que crear un nuevo lenguaje para la crítica política*.

Esta idea de lenguaje –que podemos apreciar en el número dedicado al peronismo– debe entenderse como la reactualización de la función que *Contorno* había cumplido en los números anteriores, cuando la revista se dedicaba exclusivamente de literatura: la búsqueda de un lenguaje nuevo para la crítica literaria. En efecto, en los números anteriores al 7/8, *Contorno* llevó a cabo la operación de reivindicación de una serie de escritores. Esa reivindicación se basó específicamente en el lenguaje que esos escritores usaron: un lenguaje nuevo para la literatura argentina. Roberto Arlt es uno de ellos y, quizá, el más influyente en la revista. Para *Contorno*, en el número 2 de su edición, era necesario recuperar las obras de Arlt porque él había inventado un lenguaje *honesto* para narrar lo *crudo* de la realidad. Frente a una literatura que *Contorno* consideraba aséptica y superficial, Roberto Arlt se destacaba por ser el primero en *decir las cosas como son*. Ismael Viñas, en ese mismo número 2, llega a decir que Arlt inventó un lenguaje nuevo para la literatura. Luego, en otros números de la revista, llegan otras reivindicaciones. David Viñas, por ejemplo, rescata la impronta de un primer Gálvez, caracterizado por ese lenguaje fecundo. Asimismo, *Contorno* le dedica un número entero a Martínez Estrada, en el cual se pueden apreciar críticas y reivindicaciones. Las reivindicaciones se deben a ese lenguaje crudo, *despojado de prejuicios* del autor para decir la realidad argentina. En efecto, se valora la honestidad brutal de Martínez Estrada en no “dibujar” una Argentina feliz, sino una Argentina cruda y dolorosa, aunque se le critique el pesimismo inconducente de su obra.

Todas estas reivindicaciones se reactualizan en el número 7/8 y adquieren un sentido más pleno. Esas reivindicaciones –que empiezan en los primeros números de la revista– le han permitido construir a *Contorno* una “*genealogía literaria*”. El pasado que *Contorno* quiere heredar –con todos los defectos que les reclaman– son esos escritores que han encontrado un lenguaje nuevo para la literatura argentina. Así, la crítica literaria también encuentra un lenguaje nuevo y se renueva: mira a la literatura de otra forma, busca en ella otras cosas. De ahora en más no soporta, por ejemplo, una obra argentina que reniegue del “voseo”. En efecto, la crítica literaria de *Contorno* intenta matizar una *identidad* diferente a la literatura de nuestro país. Pero cuando llega la hora de hablar sobre el peronismo –cuando el peronismo irrumpe y se cuele en todos los estamentos de la vida social argentina, hasta en la crítica literaria– esa genealogía

literaria adquiere un mayor sentido político: pasa a ser una “*genealogía política*”. Visto desde el número 7/8, la función del intelectual no es la búsqueda de un lenguaje nuevo para la crítica de la literatura, sino un lenguaje para hacer política: un lenguaje para comunicarse con el sector peronista: las masas.

Una de las novedades insoslayables y fundamentales que introduce el problema del lenguaje en el número 7/8 es que configura la concepción que tiene *Contorno* sobre el campo intelectual del momento. Frente al uso del lenguaje, *Contorno* divide las aguas. Porque la búsqueda del lenguaje adecuado implica revisar cuáles son los lenguajes que ha utilizado y utiliza el resto de los sectores: la burguesía, el comunismo, el socialismo, el catolicismo, etcétera.

Con respecto a esta configuración del campo intelectual, en el texto de Rozichtner sucede algo diferente al resto de los textos del número 7/8. Rozichtner presenta la visión más simplificada del campo intelectual que hace *Contorno*. En él se describe a los “intelectuales” como una categoría extremadamente general y dicha descripción le sirve al autor para establecer diferencias con su propia postura frente al peronismo. Según Rozichtner, los “intelectuales” han desarrollado un lenguaje espiritualista y han pretendido ejercer sus funciones sin acercarse a las necesidades de las masas peronistas. (Cuando avancemos en el trabajo, el resto de los artículos de *Contorno* resignificarán este aspecto del *texto central*, y sabremos que uno de los grupos que representan esta concepción de intelectuales es *SUR*, la revista de Victoria Ocampo.) Este hermetismo intelectual proviene, según el autor, de la cultura de clase burguesa que determina a los pensadores argentinos. El lenguaje que utilizan estos intelectuales burgueses para pensar el peronismo y comunicarse con las masas está atravesado por los valores de “respeto”, “amor ascético”, “buenas costumbres”, “patriotismo”, etcétera.

Hemos dicho que, según nuestro eje problemático, los planteos de Rozichtner se encuentran en el resto de los textos con sus variantes propias. En el caso de Ismael Viñas, el objetivo de la comunicación es diferente al de Rozichtner: para él, el objetivo de comunicación con el sector peronista debe ser “deconstruir” la simbología, la mitificación y la teatralización peronista, que ha vaciado en el proletariado su fuerza revolucionaria. Como se puede apreciar, este artículo profundiza un aspecto que Rozichtner se limitaba a mencionar. Si éste aseguraba que es necesario construirle una Historia al proletariado, aquél indica desde dónde hay que empezar. Porque según I. Viñas, el peronismo supo captar el sentido revolucionario de las masas, pero lo tradujo a mero símbolo; así, al llevarlo a símbolo, perdió eficacia y se convirtió en pura descarga emocional, en mera rebeldía. Podemos observar, otra vez, cómo un autor de *Contorno* despolitiza el voto peronista; pensando el fenómeno desde el marxismo, se llega a la conclusión de que el peronismo no ha logrado la revolución y se ha limitado, por ende, a vaciar la conciencia de la clase proletaria. Lo único que Viñas puede ver, en consecuencia, es un gran Teatro de mentiras en el cual se atrapa a los pasivos espectadores con un despliegue de símbolos alucinantes.

El texto de I. Viñas profundiza como ningún otro en la representación global del campo intelectual. Parte de la idea de que la Revolución libertadora ha dejado conforme solamente a sectores de la alta y de la pequeña burguesía, que vieron en el peronismo “*el ataque contra sus intereses materiales o contra sus valores jerárquicos nacionales*”. El lenguaje de esos sectores, duramente criticados por el autor, se ha basado en conceptos como “chusma” y “descamisados”, prejuicios morales herederos del lenguaje aristocrático. Por otro lado, asegura I. Viñas que en otro extremo del campo intelectual se encuentra el sector progresista (fundamentalmente jóvenes) que vio en el peronismo el avance de una dictadura y la “*frustración de una posibilidad*”

revolucionaria”; estos grupos progresistas se sienten obligados a apoyar al gobierno de la Revolución libertadora aun cuando se sienten insatisfechos de la mayoría de sus actos. Para I. Viñas, las actitudes del sector progresista son absolutamente neuróticas, porque apoyan a la Revolución libertadora y no quieren caer en una actitud reaccionaria.

Con respecto al sector de la “izquierda”, I. Viñas denuncia un desgaste. Asegura que su lenguaje carece del fervor revolucionario que uno puede encontrar en textos como los de Marx o Lenin, más allá del acuerdo o no que se tenga con ellos. Este espíritu de “*resentimiento, de frustración*” de la izquierda se debe, cree Viñas, a la incapacidad del sector para poder comunicarse con las masas. Las izquierdas argentinas le recuerdan al autor la actitud de las *solteronas*, “*que se preguntan por qué los hombres miran y preñan a otras mujeres.*” Ni siquiera el Partido Comunista escapa a esta falta de pasión en su lenguaje. En el caso del Partido Socialista, Viñas considera que la solución ha sido convertirse en un sector derechista. En este punto, con I. Viñas podemos encontrar otra clave de lectura en la propuesta de *Contorno*: el lenguaje de la crítica debe desbordar de *pasión de transformación*.

El sector restante del campo intelectual es el peronismo. Según I. Viñas, este sector político no postulaba la transformación de las estructuras económicas y sociales, y, sin embargo, las masas le dieron su apoyo. Ante este hecho, los progresistas quedaron desconcertados y sin margen de acción. La burguesía, por el contrario, no se quedó quieta, se constituyó en la fuerte oposición y enarboló un lenguaje de la “inmoralidad peronista”, basado, principalmente, en la corrupción de los funcionarios del nuevo gobierno. Según Viñas, aunque esa corrupción era cierta, los argumentos de la burguesía eran deshonestos, porque impugnaban una actitud que era propia de ella en tanto clase social: “*Así, un enriquecimiento que le parece moral, lícito cuando es practicado por particulares (...) se convertía en crimen cuando lo practicaban otros -en especial funcionarios públicos...*”⁹

En esta configuración del campo intelectual llevada a cabo por I. Viñas interviene como objeto de discusión la revista *SUR*, de Victoria Ocampo, y más precisamente la discusión abierta con el número 237 de su publicación. Podemos apreciar desde el artículo en cuestión que la función del intelectual para *SUR* es –en principio- la misma que para *Contorno*: comunicarse con las masas. Pero la diferencia – y la crítica que hace Viñas- es que para *SUR* el objetivo de esa comunicación con las masas es enseñarles la Verdad. Y esa Verdad sería, sin dudas, la verdad de la burguesía, que no es capaz de tener en cuenta sino sus propias necesidades.

El artículo de Oscar Masotta, “*Sur o el antiperonismo colonialista*”, es, según la estudiosa Marcela Croce en uno de sus libros sobre *Contorno*, el “núcleo” del número 7/8. Ya sabemos que para nosotros no. Sin embargo, este artículo profundiza como ningún otro cuál es la función que cumplen los intelectuales de la revista de Victoria Ocampo.

Partiendo de la influencia innegable de las ideas sartreanas acerca del compromiso del intelectual, Masotta le reprocha a *SUR* no haber discutido el fenómeno peronista antes del número 237, que salió a la luz luego del golpe de Estado del ‘55. Dicha discusión –es necesario decirlo- presenta cierto rasgo estéril de acuerdo a la misma historia de la revista *Contorno*: no nos olvidemos de que aquí tampoco se hablaba nada de política durante el peronismo; las mismas denuncias que Masotta hace a *SUR* se pueden volver contra *Contorno*. *SUR*, según el autor, calló cuando era necesario hablar y ese silencio convierte a sus colaboradores en culpables. Dos tipos de silencio habría que denunciar en *SUR* antes del número 237 según Masotta: el silencio

⁹ Revista *Contorno*. Edición facsimilar. Pág.134

del vacío, el de no decir nada sobre la realidad que aqueja a la Argentina, y el silencio metafísico de Murena, que implica hablar de la realidad en un lenguaje espiritualista, tan diferente al que reivindica *Contorno* en Arlt. Ya en el número 237, el peronismo entra de lleno en la Revista *SUR*. El artículo de Masotta se puede leer como una denuncia constante al lenguaje espiritualista que los intelectuales de ese número usan y que se constituye como el núcleo de la crítica de *SUR*.

Siguiendo la línea de I. Viñas, Masotta cuestiona la idea de Verdad que propugna *SUR*. Según este autor, esa verdad consiste para la revista de Victoria Ocampo en *decir la verdad*. ¿Qué es, por lo tanto, decir la verdad? Según Masotta, decir la verdad es, para *SUR*, decir “lo inhumano” del peronismo: las torturas, el castigo, todas las formas de violencia del peronismo. Por lo tanto, podríamos decir nosotros, se trata de un recorte de sentido cuyas significaciones despolitizan al peronismo y no le agregan ningún sema de racionalidad. En este decir la verdad, Masotta asegura que *SUR* ha desplegado dos formas de comunicación distintas y cada una de ellas es una forma de relacionarse con la otredad que, en este caso, son las masas peronistas. Estas formas de comunicación son el grito y el rezo. El grito implica, según Masotta, la negación de la palabra del otro mientras que el rezo implica hacer del otro una presa. En ambos casos, el lenguaje que utiliza *SUR* es un lenguaje espiritualista. En ambos casos, asegura Masotta, el otro es suprimido en tanto sujeto y convertido en puro objeto. El diálogo, por lo tanto, es inexistente. Masotta cita a Silvina Burlich, quien refiriéndose a los intelectuales de *Temps modernes* dice: “...no podrían causarnos gracia esos intelectuales ávidos de una utopía comunista, el ensueño de vivir una igualdad con el último salvaje de África...” Como se puede apreciar, el artículo en cuestión plantea el problema eje de la revista *Contorno*: ¿cómo comunicarse con las masas, mediante qué lenguaje? Rotundamente impugna el camino de *SUR*, que le niega la calidad de sujeto al “otro”. Recordemos –y es importante hacerlo– que para estos intelectuales deudores de la filosofía marxista la concepción de sujeto es la de un sujeto fuerte, homogéneo y total, que necesita serlo para hacer la revolución. Recién el pensamiento posmodernista –el pensamiento deudor de Foucault, por ejemplo, o el poscolonialismo como disciplina– concebirá la inexistencia del sujeto en términos modernos y lo entenderá heterogéneo, múltiple y fragmentado.

El objetivo de la comunicación con las masas –parece decirnos Masotta– no debe ser “educar” al proletariado como lo entiende gran parte del campo intelectual argentino –la burguesía, el socialismo, el progresismo, el catolicismo– porque eso no sería sino enseñarle la cultura burguesa. Lo que se necesita, según el autor y en consonancia con el resto de los contornistas, es construir una *cultura proletaria* para las masas que votaron a Perón. No habría que construir un complejo de culpa en esas masas –que es lo que hace *SUR* con los argumentos de la inmoralidad del peronismo– sino describir las condiciones que hicieron posible el advenimiento del peronismo. Una buena comunicación con las masas nunca puede concretarse –según Masotta– al estilo de *SUR*, diciéndoles que lo que hicieron –quemar Iglesias, cita como ejemplo el autor– era una brutalidad, una fealdad, una inmoralidad, sino diciéndoles, más bien, que era “ineficaz” desde el punto de vista político. Para Masotta, a esas masas había que explicarles que tenían razones en actuar como actuaban pero que de esas razones no iba a emerger una táctica política.

Masotta concluye por esbozar los procedimientos para construir una cultura proletaria, una cultura que, según él, atienda a los intereses de los oprimidos. La programática es la siguiente. En primer lugar, se necesita desenmascarar las ideologías burguesas. Luego, asentar en los objetivos del proletariado la negación a dar un paso más allá de sus necesidades económicas. (Recordemos que los contornistas –como la

gran mayoría de los antiperonistas del campo intelectual argentino- no ven en el voto peronista sino una necesidad superficial de ciertos beneficios materiales: aumento de sueldo, días de franco, vacaciones pagas...) Esto conduciría, en palabras de Masotta, a la politización del proletariado, que es, en otras palabras, la reivindicación de su control de los medios de producción.

A partir de lo analizado, ya podemos ir esbozando una conclusión de la ideología contornista. La politización del sector que apoyó a Perón depende casi exclusivamente de su aproximación o su alejamiento de la necesidad de controlar los medios de producción. Si esas masas se alejan de esta necesidad, *Contorno* cae en la despolitización, cuyo ejemplo paradigmático lo encontramos en el artículo de Rozichtner.

El artículo de Pandolfi tiene como punto de partida la idea de que no se puede hacer absolutamente nada positivo en términos políticos sin tener en cuenta las masas. El peronismo representa una ruptura tan grande en la sociedad argentina que ha cambiado la forma de ver la política. En esta reflexión de Pandolfi se reafirma la hipótesis según la cual *Contorno* necesita plantearse, a partir del peronismo, nuevas formas de la crítica política. El eje de esas formas es –como ya sabemos- el lenguaje: “...debemos encontrar el lenguaje que posibilite nuestra comunicación con las multitudes que creyeron en Perón...” Desde este eje dominante, en el texto de Pandolfi encontramos una idea que no se plantea con tanta minuciosidad en otros artículos: Perón tuvo la virtud de abandonar el lenguaje fascista cuando llegó al ministerio de trabajo y adoptar un lenguaje que en la política argentina estaba escondido: un lenguaje que hablaba de la libertad y de la justicia social. Sin embargo, ese lenguaje fue –según Pandolfi- el punto de partida para la traición a la clase obrera.

En este texto, el objetivo de la comunicación con las masas es diferente al resto. Aquí, subyace una fuerte idea de nacionalismo. Lo que se pretende, en efecto, es tratar de construir la unión nacional entre los distintos sectores políticos de la Argentina, de la cual quedarían excluidos los diversos intereses internacionales: antes que hacer la revolución socialista, para el autor es necesario hacer la revolución nacional. Este objetivo surge a partir de un problema complejo que rescata el autor a partir de lo que sucede en el campo intelectual argentino. Por un lado, lo que él denomina superficialmente “partidos tradicionales” se caracterizó por el afán de hacerles entender a las masas peronistas que el peronismo era equivalente al nazismo; comparaciones como la de Perón y Hitler para asustar a los peronistas surgieron de este gesto. Pero el sector peronista, según Pandolfi, se mantuvo indiferente frente a esas ideas, porque para ellos se trataba de un lenguaje demasiado abstracto para comprender. Palabras como Hitler y nazismo no le decían nada para su motivación. Por otro lado, según el autor la Unión democrática se caracterizó por la utilización de un lenguaje teórico y abstracto (reflejo de sus orígenes universitarios) para comunicarle al sector peronista la necesidad de “colectivizar los medios de producción”. Pero dicho lenguaje no sirvió para entusiasmar al sector peronista; por el contrario, no le interesaron en absoluto esas ideas complejas sino las ideas concretas de Perón.

Esta última aseveración nos permite vislumbrar ciertas contradicciones en el pensamiento de *Contorno*: si ya se tiene la idea cierta de que el sector que apoyó a Perón es indiferente al lenguaje marxista, pierde sentido el objetivo final de comunicarse con él mediante esa vía, sin ningún reparo, como pretenden los contornistas y –como veremos en este caso- Pandolfi.

El saldo desfavorable frente al cual se encuentra un intelectual como Pandolfi luego de su configuración del campo, es el siguiente: tanto los partidos tradicionales burgueses como los partidos de izquierda de la Unión Democrática han usado un

lenguaje abstracto para comunicarse con el sector peronista; en consecuencia, las masas no distinguen entre izquierda y derecha. Para ella se presentan como el mismo discurso alejado de sus intereses. El lenguaje de los socialistas (y del resto de la Unión Democrática) sonaba a conservador. De ahí se explica, según el autor, que la burguesía no le temiera a las ideas de izquierda (puros arabescos de abstracción) y sí a los efectos del peronismo (capaces de llevar sus ideas a la concreción). ¿Cómo no iba a identificar el proletariado –se pregunta Pandolfi- a las izquierdas (comunistas, socialistas...) con la oligarquía? Desde esta perspectiva, la burguesía se alió con las izquierdas porque en ningún momento le temió a las ideas del socialismo (que consideraba como utopías inasequibles) sino al hecho concreto de tener que aumentar los sueldos u otorgar vacaciones pagas.

De esta manera, el texto de Pandolfi proyecta y resignifica el eje problemático que nos presentaba el artículo de Rozitchner en el comienzo de este trabajo. Ahora el problema no es solamente saber cuál es la función del intelectual de izquierda sino, más exactamente, cuál es la función luego de que por izquierda las masas hayan entendido lo antedicho. Según el autor, se trata de encontrar la *clave* para comunicarse con las masas peronistas. Esa clave es *hablar en verdad*¹⁰. Sin embargo, aquí decir la verdad no implica lo mismo que para la revista *SUR*. Lógicamente. Implica, en primer lugar, según palabras del autor, abandonar el maniqueísmo. Implica no escandalizar al obrero, no intentar hacerle sentir vergüenza por haber sido peronista. Implica no decirle que el peronismo gobernó gracias a una *policía brava* o una *prensa de fuerte censura*, porque el proletariado sabe que la “prensa (supuestamente) libre” de la burguesía fue injusta con ellos y nunca escuchó sus reclamos. Implica no decirle al proletariado que el peronismo equivale al nazismo. Implica no intentar “desperonizar” al obrero hablando de la democracia o la dignidad de la justicia. Implica, más bien, la necesidad de cambiar las condiciones económicas de la sociedad. En este punto volvemos a la contradicción de Contorno: si se cree que no sirve hablarle a las masas acerca de cambiar las condiciones de producción sin intentar antes llegar concretamente al diálogo con ellas, todos los resabios de revolución en sus textos son superficiales para su objetivo. Y esto es así porque *Contorno* no logra saber más que cómo *no* debe actuar para comunicarse con las masas. Cree tener en claro qué es lo que *no* hay que hacer; pero no logra proponer lo que *sí* hay que poner en funcionamiento para acercarse al “otro”, en el decir de Masotta. En conclusión, el lenguaje de *Contorno* está atravesado por una filosofía marxista que desemboca en discursos tan teóricos y complejos como los que denuncia en el resto de los sectores de izquierda.

Esta cuestión se debe a un hecho que no hemos aclarado aún pero que ya es momento de hacerlo. Cuando aseguramos al principio que el eje problemático de la revista es la búsqueda de un lenguaje para la crítica, debemos aclarar cuál es la concepción de lenguaje que se mantiene. Para dilucidar esto nos será de utilidad reconocer que el criterio que subyace a la reivindicación de Roberto Arlt –y el resto de los autores- desde su lenguaje es “temático”. En efecto, al lenguaje se lo concibe desde un aspecto temático. La revisión crítica de la lengua arltiana –en el número 2 de la revista- no está abordada desde los aspectos *formales* (más allá del reconocimiento del voseo y algunas palabras en lunfardo) sino desde *lo que dice*: se trata de una lengua que dice lo crudo del mundo. Por eso I. Viñas, por ejemplo, es capaz de decir que Arlt crea una lengua nueva para la Literatura argentina. Esta es la concepción de una lengua desde su criterio temático: una lengua para decir algo del mundo. Este criterio es

¹⁰ Nótese que Pandolfi legitima su decir en el concepto “verdad”: gesto idéntico al de *SUR* –como nos comentaba el texto de Masotta más arriba.

incapaz de dar a reconocer la mayor originalidad que ofrece la lengua de la literatura gauchesca, centrada en una mayor cantidad de aspectos formales.

El nuevo lenguaje crítico que construye *Contorno* es rupturista, sin dudas, tanto en el plano de lo literario como de lo político, porque se compromete a intentar un gesto: decir “las cosas como son” (aunque esto, desde luego, no sea más que una posición ideológica entre tantas). *Contorno* se atreve, por lo tanto, a buscar el camino del compromiso con su tiempo y con el “sector oprimido”. Sin embargo, esa concepción del lenguaje desde un criterio temático adolece de lo que se necesita para que la comunicación con el sector masivo dé un paso adelante en concreción: el aspecto formal. Sin éste, los textos del crítico no pueden sino construir un destinatario que en nada se diferencia del que construye el resto de los intelectuales a los que duramente se critica. Haber tenido otra concepción del lenguaje no sólo le hubiese valido para recuperar la literatura gauchesca como género que crea un lenguaje nuevo en la Literatura argentina –lo cual, en rigor, no es el objetivo de *Contorno*- sino también –y esto es lo importante- para reconocer la *fuerza política* que tiene el aspecto más formal del lenguaje. Porque el lenguaje es poder político. Ciertos intelectuales de la primera mitad del siglo XIX –los *gauchescos*- se dieron cuenta de ello: la voz del gaucho como estrategia discursiva sirvió para tender un “puente” –en el decir de Rozitchner- entre el sector oligárquico y el sector masivo. Los contornistas, muchos años después, ante la necesidad de dialogar con el sector masivo de su tiempo, no lo vieron. Y todo esto porque su concepción de lenguaje no era la adecuada para promover una transformación real. En este punto es necesario ser críticos con *Contorno*. En el plano de lo literario, gran parte de la producción intelectual de estos autores –fuera y dentro de los márgenes de la revista *Contorno*, durante y después de ella- está atravesada por lugares comunes de la crítica tradicional que los autores adoptan casi como axiomas. La idea de que la Literatura argentina comienza con Echeverría es un ejemplo paradigmático de esta mirada acrítica de los contornistas. Muchos de ellos la sostendrán por algún tiempo: Prieto, por ejemplo, en su “*Sociología del público argentino*”. Se trata de ideas que no se revisan sino hasta algunos años posteriores a las ediciones de *Contorno*. Lo que hace posible que estos axiomas tengan un lugar en las producciones críticas y rupturistas de estos intelectuales es la concepción reducida de lenguaje que se tiene. Si el lenguaje es la materia prima de la literatura y nuestra concepción de lenguaje es temática, sólo se puede seguir viendo el universo literario desde ese criterio; así, se llega a aceptar la idea de que Echeverría inaugura la Literatura argentina porque es el primero que –¡de retorno de su viaje a Europa!- trae un lenguaje nuevo “desligado de prejuicios”: en otras palabras, el lenguaje del poeta romántico. De modo que Echeverría necesitó ir hasta Europa –¡Francia, nada menos!- para buscar el lenguaje propio de una Literatura argentina. Axiomas. Que –es justo aclarar- los contornistas revisarán durante los años posteriores a la revista.

En el plano de lo político, los textos de *Contorno* también tienen su lugar común de la crítica de su tiempo. El lenguaje que procede del arsenal teórico marxista les permite pensar críticamente –y esto es lo que los diferencia de *SUR*, por ejemplo- la pertinencia política de las masas para transformar las estructuras sociales burguesas. La literatura, así, se convierte en praxis. Y es ese arsenal marxista el que, a su vez, los impele a pensar que el objetivo del intelectual debe ser comunicarse con el sector masivo. Sin embargo, cuando el peronismo hace su aparición en la escena política argentina y se constituye como el eje para pensar la política, se puede advertir una tensión entre al menos dos lenguajes diferentes: por un lado, el lenguaje marxista del intelectual contornista y, por otro, lo que se considera por ellos mismos el lenguaje de Perón. Uno y otro son distintos. El lenguaje de Perón es visto –por la gran mayoría del

campo intelectual, no sólo *Contorno*- como un lenguaje *eficaz* para dialogar con las masas, si por *eficaz* se entienden los dos rasgos semánticos (positivo y negativo) que se ponen en funcionamiento en dicha aseveración: útil y demagogo. El lenguaje marxista, al contrario, es visto por *Contorno*, antes que nada, como un lenguaje honesto que dice la verdad. Sin embargo, aquí se puede apreciar cómo el criterio temático de lenguaje sigue funcionando en la crítica política de *Contorno*. Debemos entender el marxismo que usan estos intelectuales como un lenguaje en los términos en que ellos entienden el lenguaje: un lenguaje nuevo para decir algo. ¿Para decir qué, en este caso? Para decir que las masas son siempre sectores alienados que deben buscar cambiar las condiciones de producción que impone la burguesía. Eso es lo primero y principal que tiene para decirle *Contorno* al sector peronista. Y en medio del objetivo que se plantean como intelectuales, el lenguaje llega hasta allí. Porque el lenguaje, para ellos, es lo que se dice; no cómo se dice. De este modo, la filosofía marxista que atraviesa los discursos de *Contorno* –en relación al objetivo que ellos mismos se proponen- no alcanza a ser más que eso: reflexiones abstractas que nada tienen que ver con las necesidades, objetivos e ideología del sector peronista, en tanto no exista una actitud real de comunicación. Esto es importante destacarlo: no decimos que la filosofía marxista sea inservible; decimos, en rigor, que es insuficiente para el objetivo que los contornistas se proponen como intelectuales, en tanto no construyen un lenguaje que permita realmente comunicarse con las masas. De esta adopción del marxismo teórico también se empiezan a *colar* los distintos lugares comunes del antiperonismo del momento; los diversos axiológicos despolitizadores que atraviesan todo el discurso de *Contorno* son un ejemplo más que claro de esto. Lo que se puede apreciar, en conclusión, es que sin los procedimientos concretos que establezcan la comunicación con el sector en disputa, el marxismo y la revolución son ideas de otro mundo. Será Arturo Jauretche -un intelectual que discute profundamente con ciertas ideas de *Contorno*- quien logre construir, a partir de *procedimientos formales*, ese destinatario que tanto anhelaban los sectores de la crítica de la época.¹¹ Tal es el legado, a principios del siglo XX, de los Formalistas rusos: la forma siempre es portadora de sentidos. Y el aspecto formal del lenguaje, en un mundo en el que el objetivo del intelectual es el diálogo con las masas, produce efectos de sentido político: principalmente -¡y lo más importante!- produce *lectores*.

En el texto de Osiris Troiani, *Examen de conciencia*, el autor se configura como miembro de una generación mayor que reconoce que ha fracasado, entre otras cosas, en la organización de una oposición (al peronismo) revolucionaria. Este artículo presenta una notable diferencia con el resto de los que se publican en el número 7/8, que consiste en apuntar como objetivo del intelectual la comunicación con la “juventud” intelectual. Aquí, a diferencia de lo que ya se esbozaba en Rozichtner, no se plantea la comunicación con las masas peronistas. Se pretende –más bien- el diálogo con el sector de la juventud –aquellos que en el momento cuentan con “veinte, veinticinco, treinta años”- y legarles un *examen de conciencia* de esa generación mayor. Este examen de conciencia consiste para Troiani básicamente en reconocer que en la lucha contra el peronismo los intelectuales como él se aliaron implícitamente a los argumentos del antiperonismo, que desconoce la lucha de clases y que nuclea el fenómeno peronista en términos espirituales. Dice el autor: “...como Perón mentía, nos negamos a escuchar algunas razones que eran verdaderas...”

Partiendo de la idea sartreana de compromiso del sujeto, Troiani llega a la conclusión de que el intelectual tiene que tomar conciencia de su situación en el mundo y que el valor de la escritura reside en su posibilidad de construir el mundo del futuro.

¹¹ Esta última aseveración se sitúa –al menos en este trabajo dedicado a *Contorno*- al margen del contenido político de las distintas ideas de Jauretche.

En este punto ya podemos esbozar otra conclusión de lo que es *Contorno* y de aquello que lo diferencia de revistas como *SUR*: un universo en el cual la escritura es, antes que nada, praxis. No es, como ellos entienden que es para *SUR*, un espacio para representar la belleza de un lenguaje; es un espacio para pensar la transformación de la sociedad desde lo que se considera lo más profundo de los problemas de la realidad social. He aquí, por lo tanto, otras de las diferencias y méritos de *Contorno*.

Pero si en esto reside el valor de la escritura, Troiani agrega que para que esa praxis crítica adquiera sentido en la sociedad argentina es necesario que el pueblo acometa una revolución verdadera: “*sólo una vida nacional en plenitud puede depararnos días de goce creador*”. En este punto parecen existir algunos ecos de la idea del determinismo económico marxista: el hecho de que una vez que la situación social se estructure en función de la revolución (en el texto de Troiani no sabemos si “nacional” o “socialista”, pero da igual, puesto que lo que se resalta es el aspecto de transformación de la relación con los medios de producción) la literatura –en este caso “la crítica”- progresará al ritmo de las condiciones sociales y económicas establecidas. Si bien en el texto de Troiani no se habla de *estructura* ni *superestructura*, la idea de “vida nacional plena” alcanzada luego de una revolución nos hace pensar en ciertos vínculos con el determinismo económico. De cualquier manera, Troiani deja muy clara la idea de que la literatura no basta, no es suficiente; se necesita, por lo tanto, la fuerza del pueblo unido.¹²

Una de las conclusiones que deja el *Examen de conciencia* es la certidumbre de que la literatura en tanto bellas letras no sólo es impertinente para *Contorno* sino que es una farsa en su objetivo de situarse “carnalmente” en la situación sociopolítica concreta que vive el intelectual.

En esta misma sintonía problemática, el artículo de Sebreli, *Aventura y revolución peronista*, discute no solamente con el resto de la izquierda intelectual, sino también con el resto de los contornistas. Sobre todo – y va aquí otra razón para pensarlo como central- con el texto de Rozichtner. Considera que el lenguaje demagógico de Perón no ha degradado la conciencia de clase, sino que ha permitido hacerles creer a las masas que podían gobernar; si bien en realidad el sector masivo nunca gobernó, según Sebreli, a través del peronismo se familiarizaron con la posibilidad de que eran parte del gobierno. Ese sería el logro de Perón y desde allí, según Sebreli, debe pensar el intelectual su diálogo con las masas: de alguna forma, lo que dice el autor es que los intelectuales deben aprovechar ese dejo político que Perón construyó –a partir de la demagogia y la mentira- en las masas.

Es insoslayable el hecho de que en este texto opera una despolitización del sector peronista, puesto que se propugna un lenguaje demagógico basado en la irracionalidad del sector: “...*sólo es posible sacar al proletariado de la alienación en que vive mediante una nueva alienación...*”. Si Sebreli discute con algunos textos de *Contorno* no es porque no crea que el sector peronista es una *masa ignorante* de la política, sino porque cree que, aunque sea, un leve matiz de política ha adquirido con el peronismo. Es evidente cierta simpatía que el autor tiene con el peronismo, el cual es considerado no como antagonista sino como propedéutico de la revolución social. Otra de las tensiones dentro de la propia revista.

En el plano de la problemática del lenguaje, el texto de Sebreli critica al lenguaje revolucionario que sirve para *idealizar* lo que se pretende que sea el sector proletario: este es el lenguaje de la izquierda, tal como es entendida aquí. Por el contrario, se

¹² Un tema interesante que podría estudiarse en alguna oportunidad –si no es que ya se hizo- son las relaciones entre teoría literaria y política: ver cómo en momentos de necesidad revolucionaria la literatura deja de ser un arma de lucha satisfactoria y el escritor, por ende, acaba por empuñar las armas.

defiende un lenguaje que represente no lo que ese sector debería ser, sino lo que es. Es decir, en otras palabras, el lenguaje que usó el peronismo.

El artículo de Adolfo Prieto es quizá el que más se aleja de las problemáticas de la filosofía marxista. Acuciado por los planteos de Sartre, es uno de los autores que mejor representa esa vertiente crítica que lo conducirá, años después, a escribir la *Sociología del público argentino*. El punto de partida de su artículo es la convicción de que el peronismo en tanto fenómeno es una ruptura tan grande en la sociedad que no admite seriamente la utilización de un lenguaje neutro para pensarlo. El objetivo del intelectual no será, por lo tanto, la búsqueda de un lenguaje para comunicarse con las masas, sino la búsqueda de un lenguaje adecuado para pensar el peronismo. La ausencia de la filosofía marxista en este artículo hace que el sector peronista no sea el objetivo último de la función del intelectual.

En este texto se distinguen dos acepciones diferentes del término “peronismo” y se discuten las posibilidades de neutralidad frente a ellas. La primera de ellas tiene como característica el significado de peronismo en tanto fenómeno concreto con una cronología precisa (1945) y en tanto “revuelta” que modificó diversos estamentos de la Nación. En este punto se admite la neutralidad puesto que el campo intelectual en su mayoría está de acuerdo con ello, aunque no sea la misma la forma de relatarlo. La segunda acepción es, según Prieto, la que ve en el peronismo los valores de agresividad, irresponsabilidad, escándalo, prebenda, regalo, obsecuencia e ideología del menor esfuerzo. Podríamos agregar, nosotros, que *SUR* es el espacio que mejor representaría esta concepción; aunque, en rigor de verdad, *Contorno* también es responsable de ella.

La crítica de Prieto realiza una simple operación: remontarse al pasado para entender el presente; pero no lo hace –como en el caso de Tulio Halperin Donghi- desde una dimensión *Histórica*, sino más bien *Sociológica*. De este modo, el fenómeno del peronismo se explica en Prieto a partir de una *forma de ser* propia de la Argentina. El peronismo, dice el autor, debe entenderse en un sentido diferente al que se entiende habitualmente: en pocas palabras, como “*elemento residual del ser colectivo argentino*”. Toda verdad de la cual no ha participado el pueblo, toda postergación de un acto de justicia, todo fraude, toda costumbre del menor esfuerzo se convierte, para el autor, en el elemento residual de la sociedad. En el caso de la Argentina, Prieto se remonta hasta el gesto de los conquistadores españoles de otorgar un nombre falso a nuestro país (el lugar de la plata, en un lugar donde la plata no existía); también se refiere a la expoliación del indio a través de la violencia; a la aislada voz de Hernández en la denuncia de la opresión hacia el gaucho; a la esclavitud del Chaco; al hambre de los maestros santiagueños, etcétera. De este modo, según Prieto, la sociedad argentina ha ido gestando su enorme elemento residual. Y de este modo, en conclusión, la sociedad argentina en su totalidad es responsable de la palabra peronismo.

El artículo de David Viñas presenta diversas diferencias con el resto. El primer aspecto que nos sorprende –en medio de un espacio dedicado al ensayo político- es la elección de la naturaleza ficcional para dar cuenta de lo que se tiene para decir. El ensayo, que es el ropaje con el que se viste la voz de los contornistas, se des-cubre y cede lugar, de este modo, a la ficción. Pero las diferencias no pasan sólo por este punto. El texto de Viñas, *¡Paso a los héroes!*, no nos viene a plantear de manera directa cuál debe ser el objetivo del intelectual –problemática que acucia al resto de los ensayos de cara al quehacer futuro- sino más bien cuál ha sido –poniendo la mirada en el pasado (“inmediato”, desde luego).

El relato narra los encuentros entre dos jóvenes cuyas bases ideológicas transitan por caminos diferentes. Apud pertenece a la Federación universitaria y critica en Kramer la falta de solidaridad para luchar contra un “ellos” que se configura en el texto:

el peronismo. Kramer, a su vez, discute la función del intelectual de la Federación, que consistiría en comunicarse con los jóvenes universitarios –los ingresantes- para enseñarles sus ideas y “ordenarles el mundo”, ya que llegan confundidos con respecto a sus ideas políticas. Para Kramer, ésa es una función errónea. Con una clara ideología peronista –entendiendo por ésta lo que *Contorno* entiende- dice que lo que se debe hacer es enseñar a ganar, a asir y tomar con las propias manos el mundo.¹³ Kramer asegura que es necesario que la Federación realice un cambio de táctica para enfrentarse con el peronismo. Para él, es necesario ceder y hacerles creer que se está con ellos. Esta actitud explica, a medida que avanza el relato, cómo Kramer termina convirtiéndose en un funcionario del Estado. Severa crítica hacia los sectores acomodaticios durante el régimen peronista, simbolizados en la figura de Kramer. Pero la figura de este personaje representa también el poder cautivante de Perón: en efecto, Kramer “atrapa” con su lenguaje versátil, su capacidad de hablar correctamente y de saber adecuarse al contexto cuando el mismo lo requiere.

También circula en este texto la idea de que Perón fue autosuficiente y que, por lo tanto, hubiese hecho todo lo que hizo sin ayuda de las masas, ya que su *capacidad para la mentira* es cautivante.

El 16 de Junio de 1955 es un momento disruptivo en el relato. Una atmósfera de melancolía sobrevuela en el diálogo de los personajes: hay una especie de tristeza frente a lo que está sucediendo en Buenos Aires. A partir de allí, lo que se pone en discusión es el error táctico de Perón, lo que acarrió –según Kramer- que dejara de cumplir su papel: Perón erró la táctica y dejó de hacer lo que tenía que hacer y hacía tan bien: contener a las masas. En efecto, les dio demasiada libertad y todo se le fue de las manos. Hay una crítica muy fuerte en este cuento –como se puede apreciar- a la mirada que tiene el peronismo acerca de las masas: no sería una mirada revolucionaria –como pretende *Contorno*- sino proteccionista. La perspectiva narrativa focalizada en Apud permite construir ese cinismo que caracteriza al otro personaje, a Kramer. Es el cinismo de Perón, en realidad.

El cuento finaliza con la representación de que después del golpe del '55 las cosas no han cambiado. En nombre de la Libertad y de la Democracia se pregonaba la transformación pero, según Apud, todo sigue igual. Así finaliza el texto que, desde su principio a fin, representa esa concepción animalizada y cosificada del sector peronista. Esta perspectiva narrativa despolitizadora que tiene el texto ficcional es la misma que asumen los contornistas cuando escriben sus ensayos. En conclusión, este cuento –como dijimos- no plantea “directamente” cuál debe ser el objetivo del intelectual sino cuál ha sido. Por esto mismo el lenguaje no es el eje problemático del texto, sino un objeto más de discusión. También esto nos explica, satisfactoriamente, una de las razones de la recurrencia a la ficción en vez de la ensayística.

¹³ Como se puede apreciar, una vez más se lleva a cabo en un artículo de *Contorno* lo que decíamos al principio: la discusión acerca de la función del intelectual siempre nos brinda una perspectiva –por más ínfima que sea- acerca del campo intelectual del momento. Recordemos que muchos de los intelectuales de *Contorno* participaban activamente de la Federación universitaria de la UBA: David Viñas había llegado a ser presidente.